

ocho años no discierne, pero ante la humillación de sus padres, aceptando lo que debieron aguantar, aprende a ser humilde y resignado; la fuerza del ejemplo es inestructible.

Esta es la cola que los Reyes Magos dejan al pasar por las viviendas de los pobres; cola de sumisión y respeto hacia los ricos, que al regalar chucherías a los hijos, se atraen la simpatía de los padres; esta es la cola que dejan tras de sí los reyes de Oriente, personificadas en esas gentes pseudo caritativas; esta es la cola que debemos cortar de raíz, para evitar que esos chiquillos de hoy sean mañana tan resignados y tan mansos como sus padres.

JUANONUS

¡PASO!

Como ligeras gotas de agua fresca y cristalina que fueran absorbidas por labios ávidos y sedientes; como balsámicas que cayesen lentamente, durante muy corto espacio, sobre corazones batidos por tempestades de viento de dolor; como diminutas perlas de rocío castaño que se patillizaran sobre los pétalos mustios y ahilados de una flor silvestre, cuya corola, encapotada y triste, se curvase sobre la tierra abrasada; como ensueño fugaz de liberación vecina, que atravesaba veloz la mente caótica y sobresaltada del encarcelado, han pasado, sobre los corazones, agitando y examinando de los combatientes de la gran guerra, esas frías de «paz» que los bandoleros de la «cuadruple» lanzaron estos días desde los escanos de sus foros de incubación y perpetración criminal de lesa humanidad. Como esperanza tangible que se burla del dolor humano, agitando la imagen de una normalidad arrebatada ante el espíritu calenturiento y alicaído. Como dulce y encantadora visión de un pasado, relativamente feliz, que aparece, equívoca y osciladora allí en lontananza, de sus avanzanzas que se arrastran, y desaparecido casi a la vez de entre la posibilidad y la confianza de una realización lógica y madura, esa bella alegoría de paz que lanzaron con voz estentórea bocas de monstruo.

Los ex productores que desde hace 20 meses se revolcan entre el fango y la sangre en las trincheras, buscando, como el topo, una prolongación de vida precaria y horrible en las entrañas de la tierra, sondeada por la muerte, han levantado sus cabezas de trogloditas primates, de brutos cuadrumanos, vellidos y desgarrados; han elevado sus corazones, han arrojado, por el limo del fondo del conducto, como pilitras patealeadas; han abierto esos oídos zumbados por el infernal retumbar del cañón, al susurro íntimo de los suyos, que se refugiaba tembloroso en un rincónito de su recuerdo moribundo; han alzado su espíritu destarado y sumergido, han intentado remontarlo a las regiones etéreas, aún vibrantes por las ondas armónicas que los gritos simbólicos de paz fementida, desplazaron a todo lo largo de su trayectoria imagnable.

Dejándose, súbitamente, arrancar a la insolencia de esa existencia sublimana, han cerrado profundamente sus concavos ojos y han visto correr ante su imaginación, un instante retornada, la imagen policroma y fugaz de su sintético pasado *«avant-guerre»* en la linterna mágica de ese esperanzado futuro.

Unos han visto: los campos semi-abandonados, verdaderos herbales, reclamar con su silencio trístico, los brazos de campesinos arrebatados del terreno. En ellos han visto alguna que otra yunta de bueyes escudidos y sin vigor, uncidos al tosco arado que un gañán, precoz e insipiente, seguía sobre el surco superficial y rústico, recostado sobre la esteve insegura. Alguno que otro anciano, del ejército de los inválidos por el trabajo de antaño, reconocer con paso incierto y vacilante la labradura, por arrojado, con gesto tardío y desgarrado, un animal gordo y torpe, la rica semilla mal retribuída, sobre las situaciones irregulares de lo labrado.

Otros: el vasto viñedo, podado por manos insólitas, llorar abundantemente su ausencia.

Otros: las frías y frías regas de antes, pudrir sus horizontalidades de arboricultivo, declinar hacia una esterilidad desconsoladora: plantas desmirriadas, jardines y parques desatendidos, paseos y avenidas sin simetría, sin estética.

Otros: han visto las bocazas negras de las minas bofetadas, arrojadas y vertientes de nuevo, como antes, al fondo de sus entrañas liberáticas.

Otros: han creído oír gruñir la sirena de la fábrica que espera su retorno para emprender una actividad utilitaria desde mucho tiempo suspendida.

Otros: han visto el cielo casi vacío, los útiles amontonados y oxidados, los brazos idéneos al servicio de la confección de armas y municiones.

Otros: sus escuelas sin dirección ni regla, los alumnos sin expansibilidad ni conciencia ni fuerza maestra, joven inexperimento sin capacidad ni tacto, en plena guerra que inflvra en los tiernos ánimos toda la hiel impura de una venganza personal.

Otros: sus empleos vacantes; sus escritorios polvorientos, sus ascensos postergados o perdidos para siempre.

Otros: sus hijos en el horno de carbón, sin leña para aplacar el frío intenso que el invierno concentra en el hogar, de un ambiente monótono y aniquilador; sus padres que el dolor envence enormemente; sus esposas y compañeras, atareadas, acosadas por la penuria, ruidas por la intranquilidad, algunas de ellas demacradas por la absoluta ausencia de las satisfacciones sexuales que las predisponen a la masturbación, al misterismo, a la nymphomanía o a la tisis.

Han visto todo esto y algo más que la

pluma más hábil y la inteligencia más prera que no podrían traducir en papel.

Pero, sin que cesase un momento el tronar del cañón y el crepitar de los fusiles, crooran al unisono los sapos que gozan de la tranquilidad acústica de los estanques gubernamentales y declararon—sin consultar a ellos, a los que se arrastran por el lodo de los campos de batalla, para arrancar la victoria final, sobre sus co-explotados del otro lado de las trincheras, para que sapos y cocodrilos puedan croar y llover a la vez; los unos el hosana de la «paz eterna, por la victoria», los otros verdaderas lágrimas, esas lágrimas, al pie de fríos mármores alegóricos de epopeyas salvajes—declararon, repito, que la hora feliz no había sonado en el reloj de su impaciencia de condenados; que la paz no es posible, en tanto quede un proletario con vida en los abismos infernales de la guerra y en tanto quede una Alemania industrial y comercial capaz de reaverse del atolador y competir en breve con la finanza, acaparadores, agiotistas y explotadores de su insula, muy aprovechadores de la sangre y del sacrificio de sus vidas, ayer y mañana aprovechadores de su esfuerzo y de sus energías de trabajadores.

Y cuando unidos barbudos y terrosos los esclavos de la tierra, fábrica, del taller, del escritorio, de la enseñanza, del servicio personal, etc., que se arrastran desde 20 meses, por la sangre y el fango de las trincheras, han bajado de nuevo sus cabezas de pelo crespo, de caras óncas y facas esqueléticas, sus bustos asaqueados de trogloditas primates; han descendido de nuevo sus coronas hasta el nivel del fondo del conducto, viscoso y hediondo; han replegado su espíritu de guiniño hacia su existencia animalizada de forzados de la muerte, y como el topo cuando se sepulture en el seno de la tierra, sondeada por los garfios de la muerte.

¡A las trincheras, galeotes de la tierra...! ¡A destruir y matar, fantoches de la muerte!

Así lo ordenan vuestros amos, que son también vuestros jefes y vuestros verdugos.

La paz no es para los resignados como vosotros. Para vosotros, sólo la paz de los sepulcros.

F. BARTHE

¡PASO...!

He escrito un recuerdo al conocido *«hombre público»* Roman Honés. Y he dicho, ha tiempo, que su patá coja era un símbolo de su desastrosa etapa gremial y romanoril.

Roman Honés (Honés «el cojo» o «el cojo» Honés) fué un día lo lejano *«amigo del pueblo»*. Su amistad era entonces fiel transcurso de lo que es hoy su amistad.

Habó de las escuelas y probó que la enseñanza era deficiente en España. Dijo que sus locales habían servido de cuartos para cat-álisis.

En otro orden: Dándole de sociólogo, sintió anhelos de r. dcción para con el obrero oprimido, explotado, hambriento.

Y hoy ya le vemos. Se fie de las hambrunas del pueblo, se rie del problema pedagógico cuya solución es de urgente necesidad.

Pero risa y no poca despierta entre los sudorosos del salario, en recipientes justa venganza, su tan simpática y graciosísima cojera.

Parece decirnos cada vez que posa en el suelo la planta de su remo medio mutilado:—Por aquí voy yo... por aquí voy yo.

Y efectivamente: Por ahí va él... La nave del Estado, por este tan revuelto mar del descontento social, navega con un gran boquete abierto en su quilla. Al ritmo sin ritmo de la cojera de su piloto, sube, baja, embuja, por las olas: prostitución, hambre, opresión, tiranía.

Engañando, o mejor dicho, pretendiendo engañar a los otros, se engaña a sí mismo.

Cuando dice en tono despectivo, que esta huelga, la de más allá, ha sido, son un fracaso, dice un decir dicho con pleno conocimiento de que esas *«verdades»* son muy necesarias a la política de su partido, pidió hoy como nunca *«por la mitad»*. ¡Oh, los liberales! La *«resistencia»* ante la pretendida concesión de unos millones más para los *«pobrecitos»* culpas *«pobres»*, es pura comedia; sólo es verdad, es sólo la farsa la mentira de los manejos diputaduriles y senatoriles.

Pero el pueblo iniciará al cabo (lo ha iniciado ya) su éxodo saludable hacia las regiones del Ideal, que son *«En»* y que son *«Vida»*. Los abandonará definitivamente y, antes de matarlos a hierro, y plomo, los asesinará con la terrible daga de su santo, de su noble desprecio.

Peró...
¡Ya caerás tú, Roman Honés! Como cayó el otro. Como cayeron los otros. Como caerán todos.

La moderna sociología os expulsa en nombre de la higiene. Excremento sobre. Todavía podréis servir para algo.

Ahorra la tierra en cuyos surcos depositamos la semilla de las ideas.

Morded el poivo de vuestras propias derrotas.

¡Paso a la anarquía!

¡Paso...!

A. CORDON

Caridades ofensivas

En varias revistas españolas he visto numerosas fotografías de fiestas benéficas, en las cuales se exhiben las señorías aristocráticas como vendedoras de flores, buñuelos, churros y juguetes. En una de las fotografías, el comprador es el Nuncio de S. S. Tales fiestas se organizan «para el mejoramiento moral y material de la clase obrera».

Esto señala un recrudescimiento de la fría y traidora caridad cristiana, de la ruidosa y dañina piedad oficial. Los explotadores y opresores de toda forma quieren divertirse, aún a costa del dolor de los trabajadores, a quienes explotan y oprimen.

Es necesario defenderse; es preciso contener y dispersar esa obra de hipocresía vanidosa, disfrazada de beneficencia. No basta indignarse, no basta protestar; hay que hacer contundentes y fructuosas la indignación y la protesta. No es suficiente la indignación individual; hace también falta la acción colectiva. Además de rechazar d... y pertinazmente los beneficios de esas fiestas, se debe trabajar para que nunca más vuelvan a organizarse. Hay que matarlas por el ridículo; por la propaganda conjunta, consciente y unánime de los productores.

Siempre que en una población cualquiera se proyecten fiestas semejantes, los grupos anarquistas, las agrupaciones socialistas y las sociedades obreras deben alzarse en solidaria actividad protestativa, con reuniones públicas, con manifestaciones callejeras, y sobre todo, con hojas impresas, en que se tenga el valor de decir a los organizadores lo siguiente: poco más o menos: Señoras y señores, proyectadoras de una fiesta benéfica a favor de los obreros.

En nuestra localidad.

En sintiéndonos mucho, por tratarse de mujeres, a las que amparamos siempre por su debilidad y a las que amamos sin cesar por su belleza, nos vemos en el trance ineludible de repudiar vuestra caridad, la cual es sin duda insuficiente y humillante. Insuficiente, porque durante muchos siglos no ha hecho más que barnizar las miserias y lacras sociales, sin curarlas ni evitarlas nunca, y perpetuándolas en definitiva. Humillante, porque nos brinda como un favor, como una longaninidad, una infima particula de lo que nos pertenece como un derecho consustancial e indiscutible.

Puesto que nos consideramos hombres, no aceptamos, no podemos aceptar, la gracia limosnaria; sólo aceptaremos la justicia. Ya es hora. No queremos más inigias ni residuos; queremos satisfacer todas nuestras necesidades y todos nuestros gustos, ya que todo lo producimos y sostenemos.

Efectivamente os entristecen nuestras amargas y privaciones; si de veras os interesáis por nuestro mejoramiento; si de seguro nos conceptuáis como vuestros hermanos, no preparéis ninguna fiesta benéfica para socorrernos. Es mucho mejor, más fácil, más directo, más eficaz, más decisivo, más fraternal, que os esforcéis por conseguir que vuestros padres, maridos, hermanos e hijos nos aumenten los salarios, nos disminuyan las horas de labor, nos traten bien, nos tengan por iguales a ellos, trabajen con nosotros y tanto cual nosotros, para que así conozcan nuestras torturas; y siguiendo esta ruta de verdad y de sinceridad y de bondad patentes, lleguen a convertir en bien común sus propiedades, concienias, y de que toda posesión en privado sea cíenica en una usurpación tan monstruosa cual evidente.

Si esto no os basta y análisis daros más pruebas irrefutables de nuestro desinterés y amor, podéis franquearnos vuestros palacios rebosantes de comodidades y lujo; podéis sentarnos a vuestras mesas ahitas de manjares; podéis ofrendarnos vuestros lechos suntuosos; podéis presentarnos vuestros labios ardientes y carmines; podéis abrirnos vuestros brazos descarnados y mórvidos; podéis obsequiarnos con vuestros cuerpos rijosos y espléndidos. Nosotros despreciamos cuanto se nos ofrece con infulas de superioridad, porque no nos creemos inferiores a nadie; pero recibimos gustosos lo que se nos regala, en concepto de igual a igual y como cosa por entero legítima, tanto para nosotros como para todos los demás.

Suponemos que no intentaréis acusarnos de ingratos, por repeler vuestra caridad. Si nos equivocamos, lo lamentaré vuestro por el derriemento que padecerá vuestra fama de generosas. La generosidad que busca recompensas, gratitudes y encomios, pierde todo el valor, se suicida, no es generosidad, sino egoísmo exagerado y malignidad, bien ha de practicarse por el sólo deporte interior que su práctica reporta, y nada más. Aspirar a otra cosa es avaricia, es vanidad, es pedertería, es necedad.

Tampoco juzgamos probable que nos tachéis de exigentes. Bien pueden apeteceerlo todo, quienes todo lo producen; y quienes todo lo producen somos nosotros. Hasta los capitales que poseéis, son resultado de nuestro trabajo siempre mal retribuído.

Si tratarais de argüir, contra nuestra actitud de dignidad, haciendo constar que algunos obreros acogen complacidos y reconocidos los beneficios de vuestras fiestas, os responderemos que el hecho de que existan obreros indigentes e ignorantes, no destruye, sino que fortalece nuestra razón, nuestro conocimiento de lo realmente justo y verdadero. Una verdad no deja de serlo, aunque la desconozcan o la nieguen todos los necios del Globo. Por desgracia, queda todavía entre los obreros cierta dosis de indignidad e ignorancia, de la palabra ANARQUÍA fuera acogida no sólo con recelo, sino con horror, con verdadero pánico, no solamente por esa parte de la sociedad, estúpida y cruel que ha hecho del resto de la humanidad relleno grosero para sus embutidos, sino también por parte de ese relleno que no sabemos si calificar de idiota o de *«super»*—pues que los extremos se tocan—figuras lo que podrá hacer yo, huele grano de arena sin salud, sin facultades y sin pretensiones, con la obligación imperiosa de buscarle el mendrugo.

Si; ninguno de los prohombres de esta excelsa Idea logró encauzar en Andalucía las corrientes por su atarjea lógica, natural y humana; no podían lograrlo. Sus corazones eran muy grandes para ejercer de tiranos; su visión de la vida muy amplia y muy hermosa para empañarla con estúpidas habilidades; su saber muy sólido para discutir con hombres sin noción siquiera de lo que significa saber, y su amplitud espiritual y su tolerancia de apóstoles muy poco a propósito para imponerse a masas amorfas. Porque lo que hemos dicho antes es igualmente aplicable aquí y evitamos repeticiones.

La propaganda libertaria andaluza no es hoy, pues, lo que era en 1880; es mucho menos. Y es menos porque si en aquella época se tropezaba con la inepticia propia del que da los primeros pasos, había hombres, había caracteres, todo lo equivocado que quiera suponérselos, eran y obraban y hoy dando por resultado una cantidad de odios casi imposible de extinguir y una cantidad de recelos que no han podido disipar ni las predicciones de los abnegados, ni los escritos de los sabios, ni los hechos prácticos de los héroes.

El individuo es absolutamente un autómeta que se diferencia de las demás máquinas; un autómeta del que desconocemos buena parte de los resortes que le inducen a obrar. Cada ser es un autómeta diferente que reacciona de manera distinta ante las influencias todas de esos ambientes.

La herencia o medio interno, ha determinado su carácter y su temperamento; los medios cósmico, individual y social obran sobre el carácter y el temperamento y lo modifican. El ser humano, producto de estos medios, no puede ser libre y todos sus actos están determinados.

El individuo es absolutamente un autómeta que se diferencia de las demás máquinas; un autómeta del que desconocemos buena parte de los resortes que le inducen a obrar. Cada ser es un autómeta diferente que reacciona de manera distinta ante las influencias todas de esos ambientes.

Cuanto más complejos se hacen los individuos por efecto de la división del trabajo y de la especialización de los órganos y de las funciones, tanto más se pronuncian las individualidades. En efecto, las reacciones ante las influencias mesológicas se diferencian cada vez más. Los autómetas se hacen más complejos y parecen cada vez menos autómetas.

La libertad volitiva de los filósofos espiritualistas no existe; la verdad científica es el determinismo general.

La libertad de obrar, es decir, la posibilidad de traducir en un acto una violación cualquiera, es la única libertad que existe. Es un atributo del ser humano, pues no es otra cosa que el funcionamiento de su organismo. Libertad de pensar, libertad de moverse, esto es, libertad de obrar psíquicamente, sus cualidades concernientes al individuo y que no pueden serle arrebatadas sin alterarle su estado físico. El ser humano tiene precisión de esta libertad, de igual modo que la tiene de alimentarse y de excretar. No puede vivir si no tiene esta libertad de obrar, de igual modo que no puede vivir si no puede alimentarse y excretar.

La libertad de obrar tiende a manifestarse por una acción externa, por exteriorizarse, de donde resulta, por ejemplo, la libertad de la expresión del pensamiento. De esta libertad de expresión del pensamiento, que constituye una necesidad inherente al ser humano, derivan la libertad religiosa, la libertad política, la libertad de imprenta y la de asociación.

Para que un individuo viva en estado de salud, es necesario que su organismo funcione integralmente. El individuo tiene, pues, necesidad de una libertad completa para poder obrar lo mismo físico que psíquicamente. Tan sólo las condiciones mesológicas pueden limitar esta libertad de acción.

Como el hombre vive en colectividad, ello resulta la formación de relaciones entre los hombres, siendo la limitación de esta libertad de acción efecto de ellas mismas.

Tenemos dentro de la humanidad, pues, dos tendencias generales: la sociabilidad, que impulsa al hombre a asociarse, y la libertad que le induce a individualizarse. Estas dos tendencias, asociación e individualismo, luchan constantemente entre sí, esforzándose para llegar a un acuerdo consuetudinario de la armonía perfecta, cima que tal vez no alcance nunca la humanidad.

Todo deberíamos tener conocimiento de las opiniones más diversas y contradictorias, a fin de poder juzgar cual es la opinión que nos pareciese más verdadera. Cada individuo debe pensar por sí mismo, y esto no es posible si solamente aceptamos las ideas que nos cautivan. Este conocimiento de ideas antagónicas, esta tolerancia por las ideas de los demás, desarrollan la individualidad y mejoran el individuo. La libertad de emitir el pensamiento, es una necesidad para el buen funcionamiento de la sociedad. Su supresión conduce inevitablemente a los actos

de verse ahogada por otra parte de esa prensa chocarrera, romancera, estúpida (como estas admirables doctrinas, magistralmente expuestas y homradamente mantenidas por esos hombres cuyos nombres ya decimos forman la excepción), de verse acorralada en un círculo ahogante sin que le esdable, a pesar de todos los esfuerzos, de verse introducida en todos los hogares, leídas por todas las clases sociales, discutidas con entusiasmo, acatadas con ardor, defendidas con fortuna, formando ambiente, vida de opinión, sucesos precursores de vida real, espléndido y fecunda...

Porque estas doctrinas que llamamos nuevas, todos sabemos que son tan viejas como el mundo. Lo mismo puede encontrarse su fundamento en los pensamientos y artistas de la antigua Grecia que en los habitantes de las catacumbas romanas; igual en el *«eminente padre»* de la Iglesia Pablo de Tharsis que en el miserable esclavo Espartaco.

Por qué no llegó a hacerse carne de realidad a pesar de la grandeza de su contenido y de las promesas repletas de consoladores realidades que ofrece a lo humanidad entera? Por el desmedido afín de egoísmo, de soberbia, de tiranía de una parte de sus propagadores. ¿Por qué había de ser? Claro que esos ideales sublimes han sido copiosamente fecundados por la generosa sangre de muchos mártires; cierto que la espuma de la intelectualidad universal ha ido forjando en el junque de la ciencia y de la experiencia dolorosa el sublime código moral que tarde o temprano ha de regir los actos de la Humanidad en su detalle y en su conjunto; pero cierto es también que en este inmenso río reuelto que llamamos mundo, la estulticia venció a la idoneidad; la impreza de sentimientos a la magnanimidad de corazón; la asquerosa ansia de dominio y de prepotencia al espíritu de igualdad y de sacrificio. Los dñicos, en suma, vencieron a los estóicos. Se comprende así que cincuenta siglos de propaganda intensa y de sacrificios dolorosos sufridos por espíritus abnegados a favor de la defensa de una sociedad hipócrita, cruel y obradora, hayan dado por resultado una cantidad de odios casi imposible de extinguir y una cantidad de recelos que no han podido disipar ni las predicciones de los abnegados, ni los escritos de los sabios, ni los hechos prácticos de los héroes.

El individuo es absolutamente un autómeta que se diferencia de las demás máquinas; un autómeta del que desconocemos buena parte de los resortes que le inducen a obrar. Cada ser es un autómeta diferente que reacciona de manera distinta ante las influencias todas de esos ambientes.

Cuanto más complejos se hacen los individuos por efecto de la división del trabajo y de la especialización de los órganos y de las funciones, tanto más se pronuncian las individualidades. En efecto, las reacciones ante las influencias mesológicas se diferencian cada vez más. Los autómetas se hacen más complejos y parecen cada vez menos autómetas.

La libertad volitiva de los filósofos espiritualistas no existe; la verdad científica es el determinismo general.

La libertad de obrar, es decir, la posibilidad de traducir en un acto una violación cualquiera, es la única libertad que existe. Es un atributo del ser humano, pues no es otra cosa que el funcionamiento de su organismo. Libertad de pensar, libertad de moverse, esto es, libertad de obrar psíquicamente, sus cualidades concernientes al individuo y que no pueden serle arrebatadas sin alterarle su estado físico. El ser humano tiene precisión de esta libertad, de igual modo que la tiene de alimentarse y de excretar. No puede vivir si no tiene esta libertad de obrar, de igual modo que no puede vivir si no puede alimentarse y excretar.

La libertad de obrar tiende a manifestarse por una acción externa, por exteriorizarse, de donde resulta, por ejemplo, la libertad de la expresión del pensamiento. De esta libertad de expresión del pensamiento, que constituye una necesidad inherente al ser humano, derivan la libertad religiosa, la libertad política, la libertad de imprenta y la de asociación.

Para que un individuo viva en estado de salud, es necesario que su organismo funcione integralmente. El individuo tiene, pues, necesidad de una libertad completa para poder obrar lo mismo físico que psíquicamente. Tan sólo las condiciones mesológicas pueden limitar esta libertad de acción.

Como el hombre vive en colectividad, ello resulta la formación de relaciones entre los hombres, siendo la limitación de esta libertad de acción efecto de ellas mismas.

Tenemos dentro de la humanidad, pues, dos tendencias generales: la sociabilidad, que impulsa al hombre a asociarse, y la libertad que le induce a individualizarse. Estas dos tendencias, asociación e individualismo, luchan constantemente entre sí, esforzándose para llegar a un acuerdo consuetudinario de la armonía perfecta, cima que tal vez no alcance nunca la humanidad.

Todo deberíamos tener conocimiento de las opiniones más diversas y contradictorias, a fin de poder juzgar cual es la opinión que nos pareciese más verdadera. Cada individuo debe pensar por sí mismo, y esto no es posible si solamente aceptamos las ideas que nos cautivan. Este conocimiento de ideas antagónicas, esta tolerancia por las ideas de los demás, desarrollan la individualidad y mejoran el individuo. La libertad de emitir el pensamiento, es una necesidad para el buen funcionamiento de la sociedad. Su supresión conduce inevitablemente a los actos

de verse ahogada por otra parte de esa prensa chocarrera, romancera, estúpida (como estas admirables doctrinas, magistralmente expuestas y homradamente mantenidas por esos hombres cuyos nombres ya decimos forman la excepción), de verse acorralada en un círculo ahogante sin que le esdable, a pesar de todos los esfuerzos, de verse introducida en todos los hogares, leídas por todas las clases sociales, discutidas con entusiasmo, acatadas con ardor, defendidas con fortuna, formando ambiente, vida de opinión, sucesos precursores de vida real, espléndido y fecunda...

Porque estas doctrinas que llamamos nuevas, todos sabemos que son tan viejas como el mundo. Lo mismo puede encontrarse su fundamento en los pensamientos y artistas de la antigua Grecia que en los habitantes de las catacumbas romanas; igual en el *«eminente padre»* de la Iglesia Pablo de Tharsis que en el miserable esclavo Espartaco.

Por qué no llegó a hacerse carne de realidad a pesar de la grandeza de su contenido y de las promesas repletas de consoladores realidades que ofrece a lo humanidad entera? Por el desmedido afín de egoísmo, de soberbia, de tiranía de una parte de sus propagadores. ¿Por qué había de ser? Claro que esos ideales sublimes han sido copiosamente fecundados por la generosa sangre de muchos mártires; cierto que la espuma de la intelectualidad universal ha ido forjando en el junque de la ciencia y de la experiencia dolorosa el sublime código moral que tarde o temprano ha de regir los actos de la Humanidad en su detalle y en su conjunto; pero cierto es también que en este inmenso río reuelto que llamamos mundo, la estulticia venció a la idoneidad; la impreza de sentimientos a la magnanimidad de corazón; la asquerosa ansia de dominio y de prepotencia al espíritu de igualdad y de sacrificio. Los dñicos, en suma, vencieron a los estóicos. Se comprende así que cincuenta siglos de propaganda intensa y de sacrificios dolorosos sufridos por espíritus abnegados a favor de la defensa de una sociedad hipócrita, cruel y obradora, hayan dado por resultado una cantidad de odios casi imposible de extinguir y una cantidad de recelos que no han podido disipar ni las predicciones de los abnegados, ni los escritos de los sabios, ni los hechos prácticos de los héroes.

El individuo es absolutamente un autómeta que se diferencia de las demás máquinas; un autómeta del que desconocemos buena parte de los resortes que le inducen a obrar. Cada ser es un autómeta diferente que reacciona de manera distinta ante las influencias todas de esos ambientes.

Cuanto más complejos se hacen los individuos por efecto de la división del trabajo y de la especialización de los órganos y de las funciones, tanto más se pronuncian las individualidades. En efecto, las reacciones ante las influencias mesológicas se diferencian cada vez más. Los autómetas se hacen más complejos y parecen cada vez menos autómetas.

La libertad volitiva de los filósofos espiritualistas no existe; la verdad científica es el determinismo general.

La libertad de obrar, es decir, la posibilidad de traducir en un acto una violación cualquiera, es la única libertad que existe. Es un atributo del ser humano, pues no es otra cosa que el funcionamiento de su organismo. Libertad de pensar, libertad de moverse, esto es, libertad de obrar psíquicamente, sus cualidades concernientes al individuo y que no pueden serle arrebatadas sin alterarle su estado físico. El ser humano tiene precisión de esta libertad, de igual modo que la tiene de alimentarse y de excretar. No puede vivir si no tiene esta libertad de obrar, de igual modo que no puede vivir si no puede alimentarse y excretar.

La libertad de obrar tiende a manifestarse por una acción externa, por exteriorizarse, de donde resulta, por ejemplo, la libertad de la expresión del pensamiento. De esta libertad de expresión del pensamiento, que constituye una necesidad inherente al ser humano, derivan la libertad religiosa, la libertad política, la libertad de imprenta y la de asociación.

Para que un individuo viva en estado de salud, es necesario que su organismo funcione integralmente. El individuo tiene, pues, necesidad de una libertad completa para poder obrar lo mismo físico que psíquicamente. Tan sólo las condiciones mesológicas pueden limitar esta libertad de acción.

Como el hombre vive en colectividad, ello resulta la formación de relaciones entre los hombres, siendo la limitación de esta libertad de acción efecto de ellas mismas.

Tenemos dentro de la humanidad, pues, dos tendencias generales: la sociabilidad, que impulsa al hombre a asociarse, y la libertad que le induce a individualizarse. Estas dos tendencias, asociación e individualismo, luchan constantemente entre sí, esforzándose para llegar a un acuerdo consuetudinario de la armonía perfecta, cima que tal vez no alcance nunca la humanidad.

Todo deberíamos tener conocimiento de las opiniones más diversas y contradictorias, a fin de poder juzgar cual es la opinión que nos pareciese más verdadera. Cada individuo debe pensar por sí mismo, y esto no es posible si solamente aceptamos las ideas que nos cautivan. Este conocimiento de ideas antagónicas, esta tolerancia por las ideas de los demás, desarrollan la individualidad y mejoran el individuo. La libertad de emitir el pensamiento, es una necesidad para el buen funcionamiento de la sociedad. Su supresión conduce inevitablemente a los actos

de verse ahogada por otra parte de esa prensa chocarrera, romancera, estúpida (como estas admirables doctrinas, magistralmente expuestas y homradamente mantenidas por esos hombres cuyos nombres ya decimos forman la excepción), de verse acorralada en un círculo ahogante sin que le esdable, a pesar de todos los esfuerzos, de verse introducida en todos los hogares, leídas por todas las clases sociales, discutidas con entusiasmo, acatadas con ardor, defendidas con fortuna, formando ambiente, vida de opinión, sucesos precursores de vida real, espléndido y fecunda...

Porque estas doctrinas que llamamos nuevas, todos sabemos que son tan viejas como el mundo. Lo mismo puede encontrarse su fundamento en los pensamientos y artistas de la antigua Grecia que en los habitantes de las catacumbas romanas; igual en el *«eminente padre»* de la Iglesia Pablo de Tharsis que en el miserable esclavo Espartaco.

Por qué no llegó a hacerse carne de realidad a pesar de la grandeza de su contenido y de las promesas repletas de consoladores realidades que ofrece a lo humanidad entera? Por el desmedido afín de egoísmo, de soberbia, de tiranía de una parte de sus propagadores. ¿Por qué había de ser? Claro que esos ideales sublimes han sido copiosamente fecundados por la generosa sangre de muchos mártires; cierto que la espuma de la intelectualidad universal ha ido forjando en el junque de la ciencia y de la experiencia dolorosa el sublime código moral que tarde o temprano ha de regir los actos de la Humanidad en su detalle y en su conjunto; pero cierto es también que en este inmenso río reuelto que llamamos mundo, la estulticia venció a la idoneidad; la impreza de sentimientos a la magnanimidad de corazón; la asquerosa ansia de dominio y de prepotencia al espíritu de igualdad y de sacrificio. Los dñicos, en suma, vencieron a los estóicos. Se comprende así que cincuenta siglos de propaganda intensa y de sacrificios dolorosos sufridos por espíritus abnegados a favor de la defensa de una sociedad hipócrita, cruel y obradora, hayan dado por resultado una cantidad de odios casi imposible de extinguir y una cantidad de recelos que no han podido disipar ni las predicciones de los abnegados, ni los escritos de los sabios, ni los hechos prácticos de los héroes.

El individuo es absolutamente un autómeta que se diferencia de las demás máquinas; un autómeta del que desconocemos buena parte de los resortes que le inducen a obrar. Cada ser es un autómeta diferente que reacciona de manera distinta ante las influencias todas de esos ambientes.

Cuanto más complejos se hacen los individuos por efecto de la división del trabajo y de la especialización de los órganos y de las funciones, tanto más se pronuncian las individualidades. En efecto, las reacciones ante las influencias mesológicas se diferencian cada vez más. Los autómetas se hacen más complejos y parecen cada vez menos autómetas.

La libertad volitiva de los filósofos espiritualistas no existe; la verdad científica es el determinismo general.

La libertad de obrar, es decir, la posibilidad de traducir en un acto una violación cualquiera, es la única libertad que existe. Es un atributo del ser humano, pues no es otra cosa que el funcionamiento de su organismo. Libertad de pensar, libertad de moverse, esto es, libertad de obrar psíquicamente, sus cualidades concernientes al individuo y que no pueden serle arrebatadas sin alterarle su estado físico. El ser humano tiene precisión de esta libertad, de igual modo que la tiene de alimentarse y de excretar. No puede vivir si no tiene esta libertad de obrar, de igual modo que no puede vivir si no puede alimentarse y excretar.

La libertad de obrar tiende a manifestarse por una acción externa, por exteriorizarse, de donde resulta, por ejemplo, la libertad de la expresión del pensamiento. De esta libertad de expresión del pensamiento, que constituye una necesidad inherente al ser humano, derivan la libertad religiosa, la libertad política, la libertad de imprenta y la de asociación.

Para que un individuo viva en estado de salud, es necesario que su organismo funcione integralmente. El individuo tiene, pues, necesidad de una libertad completa para poder obrar lo mismo físico que psíquicamente. Tan sólo las condiciones mesológicas pueden limitar esta libertad de acción.

Como el hombre vive en colectividad, ello resulta la formación de relaciones entre los hombres, siendo la limitación de esta libertad de acción efecto de ellas mismas.

Tenemos dentro de la humanidad, pues, dos tendencias generales: la sociabilidad, que impulsa al hombre a asociarse, y la libertad que le induce a individualizarse. Estas dos tendencias, asociación e individualismo, luchan constantemente entre sí, esforzándose para llegar a un acuerdo consuetudinario de la armonía perfecta, cima que tal vez no alcance nunca la humanidad.

Todo deberíamos tener conocimiento de las opiniones más diversas y contradictorias, a fin de poder juzgar cual es la opinión que nos pareciese más verdadera. Cada individuo debe pensar por sí mismo, y esto no es posible si solamente aceptamos las ideas que nos cautivan. Este conocimiento de ideas antagónicas, esta tolerancia por las ideas de los demás, desarrollan la individualidad y mejoran el individuo. La libertad de emitir el pensamiento, es una necesidad para el buen funcionamiento de la sociedad. Su supresión conduce inevitablemente a los actos

de verse ahogada por otra parte de esa prensa chocarrera, romancera, estúpida (como estas admirables doctrinas, magistralmente expuestas y homradamente mantenidas por esos hombres cuyos nombres ya decimos forman la excepción), de verse acorralada en un círculo ahogante sin que le esdable, a pesar de todos los esfuerzos, de verse introducida en todos los hogares, leídas por todas las clases sociales, discutidas con entusiasmo, acatadas con ardor, defendidas con fortuna, formando ambiente, vida de opinión, sucesos precursores de vida real, espléndido y fecunda...

Porque estas doctrinas que llamamos nuevas, todos sabemos que son tan viejas como el mundo. Lo mismo puede encontrarse su fundamento en los pensamientos y artistas de la antigua Grecia que en los habitantes de las catacumbas romanas; igual en el *«eminente padre»* de la Iglesia Pablo de Tharsis que en el miserable esclavo Espartaco.

Por qué no llegó a hacerse carne de realidad a pesar de la grandeza de su contenido y de las promesas repletas de consoladores realidades que ofrece a lo humanidad entera? Por el desmedido afín de egoísmo, de soberbia, de tiranía de una parte de sus propagadores. ¿Por qué había de ser? Claro que esos ideales sublimes han sido copiosamente fecundados por la generosa sangre de muchos mártires; cierto que la espuma de la intelectualidad universal ha ido forjando en el junque de la ciencia y de la experiencia dolorosa el sublime código moral que tarde o temprano ha de regir los actos de la Humanidad en su detalle y en su conjunto; pero cierto es también que en este inmenso río reuelto que llamamos mundo, la estulticia venció a la idoneidad; la impreza de sentimientos a la magnanimidad de corazón; la asquerosa ansia de dominio y de prepotencia al espíritu de igualdad y de sacrificio. Los dñicos, en suma, vencieron a los estóicos. Se comprende así que cincuenta siglos de propaganda intensa y de sacrificios dolorosos sufridos por espíritus abnegados a favor de la defensa de una sociedad hipócrita, cruel y obradora, hayan dado por resultado una cantidad de odios casi imposible de extinguir y una cantidad de recelos que no han podido disipar ni las predicciones de los abnegados, ni los escritos de los sabios, ni los hechos prácticos de los héroes.

El individuo es absolutamente un autómeta que se diferencia de las demás máquinas; un autómeta del que desconocemos buena parte de los resortes que le inducen a obrar. Cada ser es un autómeta diferente que reacciona de manera distinta ante las influencias todas de esos ambientes.

Cuanto más complejos se hacen los individuos por efecto de la división del trabajo y de la especialización de los órganos y de las funciones, tanto más se pronuncian las individualidades. En efecto, las reacciones ante las influencias mesológicas se diferencian cada vez más. Los autómetas se hacen más complejos y parecen cada vez menos autómetas.

La libertad volitiva de los filósofos espiritualistas no existe; la verdad científica es el determinismo general.

La libertad de obrar, es decir, la posibilidad de traducir en un acto una violación cualquiera, es la única libertad que existe. Es un atributo del ser humano, pues no es otra cosa que el funcionamiento de su organismo. Libertad de pensar, libertad de moverse, esto es, libertad de obrar psíquicamente, sus cualidades concernientes al individuo y que no pueden serle arrebatadas sin alterarle su estado físico. El ser humano tiene precisión de esta libertad, de igual modo que la tiene de alimentarse y de excretar. No puede vivir si no tiene esta libertad de obrar, de igual modo que no puede vivir si no puede alimentarse y excretar.

La libertad de obrar tiende a manifestarse por una acción externa, por exteriorizarse, de donde resulta, por ejemplo, la libertad de la expresión del pensamiento. De esta libertad de expresión del pensamiento, que constituye una necesidad inherente al ser humano, derivan la libertad religiosa, la libertad política, la libertad de imprenta y la de asociación.

Para que un individuo viva en estado de salud, es necesario que su organismo funcione integralmente. El individuo tiene, pues, necesidad de una libertad completa para poder obrar lo mismo físico que psíquicamente. Tan sólo las condiciones mesológicas pueden limitar esta libertad de acción.

Como el hombre vive en colectividad, ello resulta la formación de relaciones entre los hombres, siendo la limitación de esta libertad de acción efecto de ellas mismas.

Tenemos dentro de la humanidad, pues, dos tendencias generales: la sociabilidad, que impulsa al hombre a asociarse, y la libertad que le induce a individualizarse. Estas dos tendencias, asociación e individualismo, luchan constantemente entre sí, esforzándose para llegar a un acuerdo consuetudinario de la armonía perfecta, cima que tal vez no alcance nunca la humanidad.

Todo deberíamos tener conocimiento de las opiniones más diversas y contradictorias, a fin de poder juzgar cual es la opinión que nos pareciese más verdadera. Cada individuo debe pensar por sí mismo, y esto no es posible si solamente aceptamos las ideas que nos cautivan. Este conocimiento de ideas antagónicas, esta tolerancia por las ideas de los demás, desarrollan la individualidad y mejoran el individuo. La libertad de emitir el pensamiento, es una necesidad para el buen funcionamiento de la sociedad. Su supresión conduce inevitablemente a los actos